

Casi todas las del antiguo recinto fueron objeto de algún, plan pero, sobre todo, las que soportaban mayores flujos de tránsito y las conectadas con los accesos y conjuntos monumentales; así, las calles del Liceo, Diego de León, plaza de las Tendillas, Gondomar, Concepción, y las afluentes a la catedral, fueron objeto de un tratamiento preferente, argumentándose siempre con razones circulatorias, pero también con motivaciones higienistas e, incluso, con objetivos inmobiliarios.

Bastantes de esas operaciones se llevaron a cabo en calles secundarias, de escaso tránsito, sin que se lograra revitalizarlas, perdiéndose en cambio su estructura histórica medieval. Simultáneamente, se abrieron nuevos viales, cuya incidencia sobre la vieja trama fue aún mayor, al perforar un caserío consolidado.

Esas intervenciones se centraron, sobre todo, en la Ciudad Alta o Villa, incidiendo en los mismos sectores que a mediados de siglo, pues los objetivos seguían siendo los mismos: facilitar la circulación desde el barrio del Gran Capitán y la plazuela de San Felipe al barrio de la Catedral.

De este modo, Córdoba finalizaría el siglo XIX sin haberse planteado nunca un proyecto de Ensanche, poniéndose así de manifiesto la insuficiencia de su base social, y de su base económica, para promover la expansión extramuros. Su escaso desarrollo, en todos los órdenes, hizo que se mantuviese dentro de los límites de sus murallas, absorbiendo las necesidades de su escaso crecimiento demográfico con el uso de los amplios espacios vacíos de la ciudad histórica.— FRANCISCO QUIROS LINARES.

### *Las Ciudades Españolas a Medios del siglo XIX. El análisis de un período trascendental\**

Como hoy ocurre, a mediados del siglo XIX estaban cambiando los fundamentos de la organización del espacio. Durante el segundo cuarto de ese siglo los ecos de las transformaciones que agitaban a Europa alcanzan España. Llegaron donde podían llegar, a los puntos de mayor transparencia que eran las ciudades. Con los ecos de la modernidad llegaron también los cambios políticos, económicos y en la organización territorial del Estado, impulsados desde el Gobierno y que afectaron de lleno a las ciudades y villas. Mientras, el campo permanecía, permanecerá todavía muchos decenios, al margen, inmerso en las pautas tradicionales, reteniendo por su peso la evolución de todo el país. Así, sólo las ciudades registraron las transformaciones que esos

cambios llevaban consigo, transformaciones que significaron una auténtica revolución urbana.

La organización provincial, que privilegiaba algunos puntos como capitales de provincia y otros como cabeza de partido, señalándoles un área de influencia y por tanto de mercado, la Desamortización, que liberaba en los cascos urbanos importantes cantidades de suelo y también edificios de viviendas propiedad de la Iglesia, la construcción de nuevos caminos y los progresos en los transportes, que potenciaban los núcleos urbanos mejorando su accesibilidad, implicaban a las ciudades y les proporcionaron las bases para su transformación. Estas, deseosas de incorporarse al «concerto europeo», receptivas a las novedades que llegaban y sensibles a los cambios políticos, acogieron todas esas medidas con entusiasmo y se dispusieron a dar una respuesta adecuada. La respuesta se produjo en dos planos: en el plano interior fue una profunda renovación y transformación del espacio urbano, que a fines del tercer cuarto del XIX era muy diferente de lo que había sido durante el primero; en el plano exterior fue la competencia por un papel en la red urbana que empezaba a dibujarse.

En aquellos momentos la red urbana tradicional estaba en crisis, lo que vino a agravarse con la nueva organización provincial, pero no se había producido todavía la diferenciación jerárquica. Capitales de Provincia, ciudades y villas compiten por un puesto en la nueva red cuya formación se intuía. Entonces, como ahora, en todas partes se especulaba con las posibilidades que abrían un nuevo camino, con las del comercio, con el futuro que suponía la instalación de una fábrica, con las corrientes que llegaban de Europa... Algunos años más tarde la carrera terminaría con la victoria de las mejor situadas, una posición discreta para muchas capitales de provincia y la ruralización de las demás, que el lenguaje popular sancionó convirtiéndolas en pueblos, en lo que el propio *Diccionario* de Madoz y el *Atlas* de Coello desempeñaron un notable papel didáctico al sobrevalorar las capitales de provincia. Así, a fines del XIX, la nueva red urbana está establecida. Son ciudades las capitales y algunas otras, como Gijón o Vigo. El resto sólo son pueblos, entre los que destacan los centros de servicios comarcales. Hará falta esperar un siglo para que empiece a producirse otra transformación de la red, en la que estos núcleos tendrán una nueva oportunidad.

En el plano interno, durante el segundo y tercer cuarto de XIX, las ciudades españolas experimentaron cambios cualitativos de magnitud equiparable, si no superior, a lo que hemos conocido en nuestro siglo. También cuantitativos, aunque estos últimos, en términos absolutos, no puedan ser comparables. En efecto, a comienzos del segundo cuarto del XIX,

\* QUIROS LINARES, Francisco: *Las ciudades españolas a mediados del siglo XIX*. Ambito Ediciones. Valladolid 1991.

315 páginas. Incluye: *Vistas de ciudades españolas de Alfred Guesdon. Planos de Francisco Coello*.

las ciudades eran, en su mayoría, una herencia medieval apenas transformada con los conventos instalados en los siglos precedentes y alguna obra de mejora o embellecimiento del XVIII. Las descripciones de Antonio Ponz, los planos del siglo XVIII y los realizados con ocasión de la Guerra de la Independencia o la Primera Guerra Civil, revelan cascos poco poblados, con amplios espacios vacíos y, con frecuencia, campos de cultivo o huertos intramuros, extensas superficies conventuales, edificios viejos, en ocasiones arruinados, a lo que se añadieron las ruinas de las guerras, y calles poco transitables. Es precisamente en estos años medios del XIX cuando esa imagen desaparece para dar paso a la ciudad moderna que pavimenta las calles, que instala sistemas de alumbrado público, que establece servicios contra incendios y se ocupa de la policía de mataderos y cementerios o de la beneficencia, y que, sobre todo, se renueva abriendo nuevas calles, acondicionando jardines, espacios para el paseo o la manifestación pública, que levanta nuevos edificios o sustituye los antiguos, modificando las viejas alineaciones y rasantes en una intensa actividad constructiva.

Es precisamente esta actividad en la construcción y en las obras públicas lo que explica la capacidad de buena parte de las ciudades de la época para acoger una inmigración que empezaba a registrarse en proporciones importantes y darle empleo. La Desamortización desempeñó en ello un papel decisivo. Las ciudades tendrán la posibilidad de acoger su crecimiento dentro del casco realizando un «ensanche hacia dentro», de trazar nuevas calles y de renovar la edificación de algunas de las existentes. Es de tal calibre la importancia de esta renovación que, las más de las veces, el casco antiguo que hoy conocemos es una herencia de estos años en que, sobre el legado del Antiguo Régimen, surge la ciudad moderna.

A pesar de la importancia de este período en la formación de las ciudades y en la explicación de su evolución, sabíamos muy poco de él. Conocemos aceptablemente las ciudades más importantes desde finales del XIX. Pero, apenas conscientes de la trascendencia de estos años decisivos en la configuración de nuestras ciudades y en la formación de la red urbana, habíamos de contentarnos con descripciones puntuales o con las consultas dispersas en el *Diccionario* de Madoz. Carecíamos de un trabajo sistemático que permitiera conocer, y al mismo tiempo comparar, las ciudades y las villas, las que salieron adelante y las que, hasta ahora, han quedado rezagadas. Francisco Quirós ha venido a llenar esta laguna con una labor que sorprende no sólo por su volumen, que es impresionante, sino por el detalle y precisión con que se ha hecho, extrayendo información núcleo a núcleo, tema a tema, y relacionándola luego en una síntesis que proporciona, por primera vez, un análisis detallado de las ciudades españolas en esta época.

Quirós basa su trabajo en una fuente, el *Diccionario* de Madoz, cuyas posibilidades para hacer una Geografía Histórica de España a mediados del XIX, y no sólo de las ciudades, nos ha descubierto con este libro. Fuente a la que se ciñe, aun «a sabiendas de sus limitaciones», renunciando a otras obras que no permitían una comparación homogénea entre las villas y ciudades estudiadas, aunque ocasionalmente cita algunas informaciones de trabajos que, según declara, tenía literalmente «a mano en el momento de redactar el texto». A pesar de que lo que Quirós tiene a mano haría palidecer de envidia a bastantes bibliotecas, en general ha respetado de forma escrupulosa el criterio de ceñirse a las informaciones de Madoz.

Entre los artículos del *Diccionario* ha seleccionado nada menos que 1.800 entidades de población para su análisis. Aunque se agradecería que hubiera sido más explícito en el detalle de los criterios que ha seguido para la selección de los núcleos, lo cierto es que ha obrado por exceso, eliminando luego, con el buen sentido que caracteriza a este autor, aquellas entidades en que, según las ideas de la época, «no se apreciaba ningún rasgo de funcionalidad o morfología urbana», de manera que en el libro están todos los núcleos que, por una u otra razón, podrían considerarse en lo que entonces era el panorama de las entidades urbanas españolas.

El criterio de ceñirse a las informaciones de Madoz, del que solamente se ha visto obligado a salirse en el capítulo II, «las transformaciones económicas», que sirve de encuadre a todo el texto, condiciona los temas a tratar por la dependencia de aquellos aspectos que se consideran en las informaciones del *Diccionario*, las cuales, sin embargo, han sido sabiamente agrupadas para proporcionar un detallado panorama de los cambios y caracteres de las ciudades españolas en aquellos momentos de efervescencia, cuando, a caballo entre el pasado y el futuro, están naciendo como ciudades modernas. Pero, a cambio de las limitaciones de esa dependencia, se ofrece la inestimable ventaja de la comparación entre unos núcleos y otros y con ella la posibilidad de valorar. Así, por ejemplo, a lo largo del libro se descubre la importancia de las transformaciones en las pequeñas ciudades y las villas, eclipsadas después por el crecimiento de las capitales. Una cuestión apenas intuida, sobre la que nada se había dicho y que abre un sugestivo campo de investigación.

Al capítulo de encuadre, donde se presentan los fundamentos de los cambios en la organización del espacio, una síntesis en que se incluyen algunos aspectos conocidos y otros más novedosos, como el comercio, apuntando sugerentes ideas para su interpretación, suceden dos capítulos que me parecen sustanciales para la caracterización de las ciudades de la época y su transformación en ciudades modernas: «las infraestructuras urbanas» y «las transformaciones morfológicas». Si bien algunas infraes-

estructuras, como la pavimentación, la traída de aguas y el alcantarillado eran conocidas desde antes, ahora se generalizan, aunque esta generalización se haga lentamente, de acuerdo con las diferencias de capacidad y posibilidades de cada ciudad o villa, y se mejoran gracias a las técnicas de la revolución industrial. Así, a lo largo de estos años medios del XIX las ciudades se irán dotando de pavimentación, instalando aceras en las calles, mejorando los sistemas de abastecimiento de agua, que no serán domiciliarios hasta más que mediada la segunda mitad del siglo, estableciendo el alumbrado urbano, que rompe la dependencia de la luz del día y permite la vida nocturna. Pero es sobre todo la transformación del espacio edificado lo que llama la atención. Quirós presenta todos estos aspectos en dos capítulos llenos de informaciones preciosas, de detalles curiosos, de interesantes notas, que mantienen viva la atención del lector, quien descubre constantemente novedades significativas, y donde se describe perfectamente la situación de las ciudades en ese momento. Sin embargo, no se trata sólo de los aspectos físicos. La vida en la ciudad está presente en todos los temas, siendo algunos especialmente jugosos en ese plano.

A estos dos capítulos fundamentales se añaden otros cuatro, algunos de ellos de deliciosa lectura, que cierran el análisis de la ciudad y nos sitúan plenamente en las condiciones de la época. «Paseos y jardines», «Los lugares de ocio», «Los espacios asistenciales y represivos» y «El jardín melancólico», referido a los cementerios, son capítulos dedicados a lo que un urbanista de hoy llamaría «los equipamientos» y que en general no han sido objeto de atención en los trabajos de los geógrafos. Son, pues, capítulos novedosos, en los que aflora la vida cotidiana del siglo XIX y donde se descubre que los servicios de muchas ciudades españolas de la época no estaban lejos de los que ofrecían en Europa ciudades semejantes. Ciertamente, nuestras ciudades surgen entonces como islas de modernidad en el mar de un mundo rural arcaizante, incapacitado para transformarse y que limitará las posibilidades de muchos de los núcleos que, en aquellos años, intentaron su incorporación al mundo moderno.

Solamente dos objeciones, que para muchos serían virtudes, pondría al libro, que no al texto. Una de ellas es el carácter monumental del volumen, obligado por las ilustraciones, que exige un precio de incomodidad al lector quien, absorbido por su interés, intenta leerlo de seguido, vuelve hojas para comparar con lo anterior, trata de tomar notas y se enfrenta al esfuerzo de mover un libro que, sin duda, es de peso. La otra es la colocación de las notas a fin de capítulo. Son notas de irrenunciable lectura, cuya situación, en un libro de estas dimen-

siones, dificulta su consulta y obliga a distraerse del texto, intentando leerlas en grupos. Pero son incomodidades que valen la pena.

Valen la pena, porque a las valiosas descripciones del texto se añaden dos documentos gráficos que permiten tener de bastantes ciudades, en esa época, una visión en perspectiva y en el plano. Se trata de las vistas de Alfred Guesdon y de los planos del *Atlas* de Coello. Las primeras, más limitadas en cuanto al número de ciudades que incluyen por el propio carácter de la colección y no siempre fáciles de analizar por el tipo de panorámica que ofrecen. Los segundos, reproducidos, salvo Madrid, a su tamaño, permiten cómodas comparaciones y un fácil análisis por la calidad de la reproducción. Unas y otros, magníficamente documentados, como el propio *Diccionario*.

En fin, se trata de un libro no sólo agradable de leer y atractivo por su excelentes ilustraciones, sino imprescindible para todos aquéllos que se interesan por las ciudades españolas o la Historia del siglo XIX, y, sin duda, una aportación que ilumina un período clave en la evolución de nuestras ciudades, sugiriendo nuevos e interesantes temas de investigación.— LUIS VICENTE GARCIA MERINO.

### *Nuevas orientaciones en los tratados de volcanología\**

Este libro viene a colmar una laguna en el ámbito de la volcanología, al abordar el estudio de las formaciones volcánicas y de sus secuencias desde una perspectiva sedimentaria, sedimentológica y volcanoestratigráfica, atenuando el papel preponderante otorgado en este campo a los análisis geoquímicos, petrológicos y mineralógicos; al tiempo que se atienden e incorporan criterios y aspectos morfológicos marginados en otros tratados de esta naturaleza.

Aunque Fisher y Schmincke (1984) publicaron con anterioridad un trabajo acerca de las rocas piroclásticas, no obstante podemos calificar a ésta como una obra innovadora al no quedarse simplemente en el mero estudio de los depósitos y facies volcánicas, sino que avanza más allá, mediante los procedimientos ya señalados, en el análisis de los mecanismos y procesos eruptivos generadores; esto es, tratan de interpretar sus orígenes así como sus condiciones de transporte y deposición.

Tras los primeros epígrafes dedicados a la descripción e interpretación de las facies volcánicas, así como a la presentación de las características y propiedades físicas de los magmas, se procede en los cuatro capítulos siguientes al estudio detallado

\* CAS, R. A. F. y WRIGHT, J. V.: *Volcanic successions, modern and ancient*. Londres, Allen and Unwin, 1987, 528 pp.